

## Tinglados ideológicos

### Enrique Krauze

México es un país dotado para la teatralidad ideológica. Innumerables representaciones históricas lo demuestran: proclamas, planes, balaceos a la bandera, gestos ante el Supremo Tribunal de la Historia, constituciones celestiales etc... No modificamos la realidad, pero sabemos transfigurarla en el teatro de las palabras. Un momento estelar fue aquella obra "Educación Socialista" (de varios autores). Su puesta en escena provocó conferencias, mesas redondas, batallas editoriales y hasta algunas polémicas y ensayos que alcanzaron un respetable nivel intelectual. El argumento lo merecía: La Revolución Socialista, corolario obligado de la lucha de clases, no ha ocurrido en México por razones objetivas, históricas, necesarias. Para darle cuerda al reloj de la historia no es preciso cambiar la realidad sino la conciencia de la realidad. La Revolución no necesita actuar en los campos y las fábricas: debe optar por la acción más sutil de conquistar la mente de los niños; resolver las contradicciones de clase en su raíz misma, es decir, en los pupitres; plantar allí el árbol generoso de la utopía cuya sombra descenderá con los años, pacífica y apostólica, hasta cubrir a la sociedad entera... No pasó mucho tiempo para que Cárdenas comenzara a actuar en los campos y las fábricas y olvidara paulatinamente las revoluciones culturales, pero la desorientación que provocó aquella pastorela educativa había afectado ya a miles de maestros y alumnos que nunca entendieron la "nueva política clerical" del régimen.

Casi cincuenta años después, en una escala menor, asistimos a una nueva

representación. Como entonces, hay ahora un desplazamiento ideológico de la lucha social, desde sus escenarios naturales hacia el espacio —en cierta medida simbólico— de la vida cultural y académica. De nueva cuenta se arma un tinglado ideológico para legitimar un proyecto político. En los treinta se trataba de un viejo propósito jacobino: desalojar a la competencia clerical de su bastión educativo. Ahora la escenificación ha estado a cargo de un grupo de jóvenes intelectuales, académicos y periodistas, que la han presentado en páginas editoriales, suplementos culturales, manifiestos y conferencias. El proyecto político que favorecen (aparte, claro, del suyo propio) es el de un partido injustamente relegado por varias décadas —perseguido incluso— y que hoy, vuelto a la superficie y para ganar influencia y posiciones en el campo de la lucha de clases, necesita el control, como base proletaria para la conquista del poder, de los trabajadores administrativos y un sector de los profesores en las instituciones de educación superior.

Convergamos desde ahora: hay mucho más que un proyecto político y una pastorela ideológica en el sindicalismo universitario. Hay la lucha concreta y legítima de miles de trabajadores por mejorar sus condiciones de vida. No se necesita ser marxista para entenderlo y apoyar plenamente la libertad sindical (derecho a la contratación colectiva, de huelga, etc...) en las instituciones públicas. Pero es obvio que los conflictos sindicales en las instituciones académicas han sido piezas en un tablero mayor. Ni la política partidista ni el discurso de los intelectuales que en distintas

ocasiones han abordado estos conflictos se limita a un "economicismo" que ellos abiertamente desprecian. La tormenta que se creó durante el paro en El Colegio de México lo probó. Allí también, como en la UNAM en 1977, hubo una legítima lucha sindical que debió haberse planteado, desarrollado y resuelto por las vías que prevé nuestro derecho laboral. Con todo, no se trata ahora de analizar los procedimientos que utilizó el sindicato minoritario ni la forma en que las autoridades terminaron el paro. Se trata de ilustrar el uso ideológico del sindicalismo, la nueva representación que llegó a extremos de caricatura durante los dos meses que duró el conflicto en El Colegio de México. Su propósito no era otro que el de instaurar una determinada política educativa y cultural ajena al pluralismo y acorde con la ideología y los intereses materiales y políticos de quienes la sustentan.

El argumento de la nueva pieza no es muy distinto al de la Educación Socialista de Bassols. Antes había que justificar la nueva doctrina con silogismos y dogmas. Ahora no hacen falta los actos de fé y de razón, porque la prueba empírica que sustenta al nuevo proyecto se encuentra, supuestamente, en el mismísimo espacio de la academia: a bordo del Potemkin de la cultura, el proletariado nacional (encarnado místicamente en unas decenas de empleados) empieza a la Academia y al Saber. Inútil esconder la cabeza en las mezuquinas, somnolientas, mórbidas atmósferas cubicularas. Los intelectuales están obligados a definirse frente al supremo tribunal de la Razón y la Historia. Se

trata —según el ritornelo de los ideólogos— de optar entre *dos culturas*. Quienes apoyan al sindicato que se autodeclara de izquierda están con la *nueva cultura* que democráticamente emanará de las bases: exenta de privilegios, comprometida con la nación, auténticamente popular. Quienes no lo están, devienen (galicismo obligado) patronos objetivos, representantes de la *otra cultura*: anticomunista, autoritaria, bronca, clasista, conservadora, cubicular, elitista, espiritualista, inmovilista, opresora, reaccionaria, regresiva, reversiva, sacralizante (Pequeña muestra de moderación adjetival tomada de los textos).

Ninguno de los ideólogos aclaró cómo operará intelectualmente el "compromiso con la nación": temas, proyectos, métodos, teorías etc... Hubo alguno que redefinió el arcaico concepto de mayoría; para él una minoría conciente equivale a una mayoría y viceversa (Ergo: un Secretario General conciente equivale...) Otro utilizó abyectamente el crimen de un periodista mexicano en El Salvador para cargarle el muerto, en cierta forma, mediante sofismas idiotas, a las autoridades del Colegio de México. Lo que vinculó a los múltiples exordios, además de su maniqueísmo, fue el tono de soberbia e intolerancia y el expediente terrorista del chantaje ideológico que apela al sentimiento de culpa y otras tentaciones autolesivas de muchos intelectuales. Para estas personas, todo aquel que no eleve el sindicalismo universitario a una categoría histórica y cultural absoluta es, *ipso facto*, un "anticomunista". Para ellos, un anticomunista como Mac Carthy y un socialista democrático o un liberal reformista, digamos un hombre con las ideas sociales de Russell, entran en un mismo saco.

El fondo de su discurso ha variado poco: del predominio sindical en las universidades resultará (salto cualitativo hegeliano) una actividad académica acorde con los intereses populares. El argumento desplaza siempre al ideal igualitario de su ámbito social natural al del quehacer intelectual, concebido para ese efecto como una réplica del mundo en torno. La relación docente se vuelve entonces una forma de "relación de clase" y no hay autoridad intelectual que valga. Las investigaciones no se juzgan por sus valores intrínsecos (verosimilitud, consistencia, claridad) sino por su supuesta filiación de clase. Cual-

quier persona mínimamente familiarizada con los procedimientos anti-intelectuales de los países totalitarios sabe que cuando estas ideas se ponen en práctica, la libertad intelectual, sencillamente, desaparece.

Lombardo Toledano tenía en mente una universidad así en 1933:

O se es burgués o se es socialista. Desde el punto de vista ideológico para mí no hay más que esa alternativa posible, pues aun la posición intermedia es preferentemente burguesa o preferentemente socialista. Y digo que no hay más que esa alternativa porque ante la crisis de la sociedad contemporánea, no hay más que dos caminos: o el mantenimiento del régimen burgués o la sustitución de éste por el sistema socialista.

Ahora bien: ¿es posible, pensando seriamente, creer en la supervivencia del régimen capitalista? Estimo que no, por razones históricas, científicas y morales. En suma: la dialéctica nos lleva de modo directo e inequívoco a la conclusión, a) de que la Universidad debe adoptar una actitud política y b) de que la Universidad debe sustentar la doctrina socialista.

Pero entre Lombardo y sus nietos ideológicos hay un abismo intelectual y moral. Lombardo no se hacía perdonar sus convicciones antiliberales, su aversión al pluralismo ideológico. Desde 1924 había luchado abiertamente por una educación dogmática. Su acción, además, no tuvo entonces —y quizá no tuvo nunca— más resortes que los de una cierta mística educativa. Ahora los neolombardistas dejan caer, aquí y allá, declaraciones tolerantes con la tolerancia, con el pluralismo, con la libertad de cátedra: añejos valores de la cultura liberal.

Aun entre los intelectuales orgánicos del sindicalismo universitario hay conciencias desgarradas que critican en privado el maniqueísmo ideológico que personifican en público. Su apuesta política no les deja alternativa. No ignoran, por ejemplo, lo que ha ocurrido en otras partes del mundo y en otros momentos históricos cada vez que los heraldos de la "Nueva Cultura" alcanzan el poder. No pueden pasar por alto los extremos a que han llegado algunas universidades de provincia en México,

frente a las cuales la universidad estatal de Albania es inocentemente liberal. No puede ocultárseles la reducción de muchos centros universitarios mexicanos a sitios de adoctrinamiento donde imperan hábitos anti-intelectuales, intolerancia, libros sagrados, santos y santones, atmósferas inquisitoriales. Politizar la academia, en el sentido en que ellos lo entienden y lo piden, equivale a instaurar el tipo de universidad militante que previó y temió, en su tiempo, José Medina Echavarría (aquel gran sociólogo transterrado):

(En ella se presenta) la trasmutación del enfrentamiento crítico de las teorías dentro de la esfera intelectual, admisible y necesario... en una pugna de personas y agrupaciones. Acarrea necesariamente la interpretación de la libertad de cátedra como libertad de plataforma; el análisis científico toma la figura de propaganda y el mantenimiento razonado de una convicción se convierte en adoctrinamiento sin mesura. De modo también inevitable, los partidos y movimientos combatientes en el ámbito nacional aprovechan sin empacho la plasticidad juvenil para manejar sin dificultad al estudiante... La Universidad acaba por abandonar en su ardor militante su propia tarea... desde la aparición de las tensiones clasistas y, sobre todo, de la formulación de partidos con una dialéctica de violencia, la concepción de la Universidad militante ha sido un fermento de caos. El problema es grave porque el destino de una sociedad liberal marcha unido al destino de la Universidad libre y no puede aceptar el fácil corte al nudo gordiano que es la salida totalitaria.

El hecho de que muchos intelectuales inconformes con el *establishment* académico y cultural de México hayan optado por el teatro ideológico en lugar de la auténtica crítica, es lamentable también en otro aspecto. Al hacerlo, desperdiciaron la oportunidad de ejercer un análisis independiente de las muchas fallas específicamente intelectuales que aquejan a varios centros de cultura. En vez de acudir al venero de la Escuela de Frankfurt, en cuyas lecturas se formaron los mejores entre ellos, estos intelectuales orgánicos del campus universitario prefieren descender al chismorreo y la bruma ideológica.

Aquellas críticas de Marcuse a la cultura progresista en sus "Notas para una definición de la Cultura" les hubieran servido de maravilla. Con Marcuse habrían podido vindicar la fuerza liberadora de la cultura humanista (que el Colegio de México, por ejemplo, ha abandonado desde los años sesenta) y oponer la carga normativa, crítica, la tensión utópica, aquello que (con todas sus letras) Marcuse llama "la autonomía" de la cultura, a las corrientes funcionalistas y tecnocráticas que prosperan ampliamente en la academia. Y habrían podido apuntar otras cosas: la improductividad (el Colegio de México de los años cuarenta publicaba 3 libros por año-investigador; el Colegio de México de los últimos años publica un libro cada cinco años por investigador); las teras burocráticas; el descenso en la calidad de sus investigaciones y, en fin, la beatería cientista, infecunda para explicar la vida e inoperante fuera de sus propias reglas.

Pero era pedirles demasiado. Habrían tenido que apuntar también las aportaciones recientes de El Colegio. Imposible: se trataba de destruir no de criticar. La pasión ideológica (que en México suele atemperarse con una tajada de poder político: tiempo al tiempo); la tentación parricida y hasta la defensa de posiciones materiales (dar al público lector lo que el público lector quiere leer) fueron mejores incentivos. Para hacer una crítica de buena fe, limitada a los problemas específicamente intelectuales de la academia, habrían tenido que creer en la relativa autonomía del quehacer intelectual, una convicción de la que quizá los aparta la otra vertiente de la Escuela de Frankfurt la crítica relativista o dialéctica a la posibilidad misma de descubrir la verdad científica en las ciencias sociales. George Steiner la ha resumido así:

Esta crítica —dice Steiner— tiene sus orígenes distantes en el escepticismo griego. La escuchamos en la observación de Pascal de que hay una verdad a este lado de los Pirineos, pero otra en el lado de España. O en la frase de Lenin: "No pregunte si una cosa es verdadera o no; pregunte sólo: ¿verdadera para quién?". La forma más reciente de este ataque se halla en la teoría social de la Escuela de Frankfurt, en las críticas a la ilustración de Horkheimer, Adorno y Marcuse. El argumento es este: la

objetividad, las leyes científicas, el concepto de verdad y falsedad, la lógica misma no son ni eternas ni neutrales. Expresan y aplican la visión del mundo, los objetivos económicos y las estructuras de poder, los intereses de clase de la elite dominante... La "Verdad" es una variable compleja que depende del contexto social. No hay historia objetiva sino la historia del opresor y el oprimido... "La verdad, tal como os la enseñan vuestros amos, os hará esclavos".

Lo más serio del caso, para el país, es que la nueva representación teatral no es un hecho aislado. Las pulsiones intelectuales, las creencias, la retórica y las actitudes de quienes la escenifican corresponden precisamente a las de un sector activo, numeroso e influyente de alumnos y maestros dentro de las propias instituciones académicas. Este sector prosperará independientemente del palanqueo que logre con el sindicalismo universitario y las luchas partidarias. Presenta rasgos de unidad (ideológica, social, económica) que permiten hablar de una "nueva clase académica", cuya condición concreta es la de ganar dinero, poder y prestigio personal, creyendo siempre que hace todo para beneficio de un México pobre que rara vez estudia en el campo y para el cual —como ha mostrado Gabriel Zaid— no ofrece casi nunca salidas operativas, realistas, inmediatas de mejoramiento, que no sean, claro, las de la revolución. Su situación social y económica concreta vincula a este sector académico con su aparente opositor: el tecnocrático. Unos predicen una religión secularizada; otros practican el conductismo a ultranza. Ambos desprecian la libertad intelectual. Unos proyectan en sus ámbitos académicos e intelectuales los usos y valores de los regímenes políticos totalitarios. Otros proyectan los procedimientos y creencias de regímenes dictatoriales que veneran a la eficacia y degradan al hombre. A todos, técnicos o salvadores, los mueve una gran voluntad de poder. ¿Hay todavía en la academia quien se acuerde de la voluntad del saber?

Medina Echavarría soñó alguna vez con la tercera opción. No una universidad tecnocrática y aséptica: tampoco una universidad militante: una universidad participativa:

En la Universidad, como congregación de afanosos del saber, todo

puede y debe ser examinado, en efecto, sin restricción alguna; lo que en la calle circula como demagogia, como cobertura ideológica, como encuentro de intereses, puede acrisolarse en la cátedra y ser reducido a sus modestas proporciones de verdad limitada, si es que la tiene. La sociedad no pierde sino gana con lo que puede ser excepcional conducto —precario sin duda— de serenidad; de él puede venir, aunque no se escuche, el consejo desapasionado que da el conocimiento de lo objetivamente posible.



Pero ¿quien asume ahora una vocación tan exenta de gloria? ¿Quien cree —en el ámbito de nuestras ciencias sociales y humanas— en valores intelectuales como la crítica, la duda, la comprobación empírica, la imaginación, la fundamentación, la claridad expresiva, el ideal formativo y moral en la enseñanza, las ventajas de la contemplación sobre la acción? ¿Quien sustenta ahora estos valores científicos y humanistas de artesanos del intelecto, no de burócratas intelectuales ni de gurús de la academia? Una minoría. Pero tal vez en ella germina la semilla de la cultura de mañana, que será liberal o no será.